

MICHAEL CRANE

**LA
PROFECÍA
DEL
ARCA**

**algaida
INTEI**

Título original: *La profezia dell'arca*

Primera edición: 2012

© 2008 Edizioni Piemme Spa

© Traducción: M.P.V., 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-728-4

Depósito legal: SE-861-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	13
---------------	----

PRIMERA PARTE

AKSUM

1.....	21
2.....	31
3.....	45
4.....	61
5.....	77
6.....	87
7.....	91
8.....	97
9.....	101
10.....	105

SEGUNDA PARTE

EL PREDESTINADO

1.....	113
2.....	121

3.....	129
4.....	135
5.....	141
6.....	147
7.....	157
8.....	161
9.....	167
10.....	171
11.....	185
12.....	193
13.....	199
14.....	207
15.....	211

TERCERA PARTE
EL TESORO DE ETIOPÍA

1.....	219
2.....	225
3.....	231
4.....	235
5.....	241
6.....	249
7.....	257
8.....	265
9.....	271
10.....	279
11.....	285
12.....	295
13.....	299
14.....	309
15.....	317
16.....	321

17.....	327
18.....	335
19.....	343
20.....	349
21.....	359

CUARTA PARTE
LA VERDAD

1.....	365
2.....	371
3.....	377
4.....	383
5.....	395
6.....	401
7.....	407
8.....	419
9.....	425
10.....	433
11.....	445
12.....	453
Epílogo	459



PRÓLOGO

«**P**ERCIBÍ CÓMO SE CERRABA LA ÚLTIMA PUERTA, Y entendí que por fin me había quedado solo». El guardián se había marchado.

Tom Baedeker salió de la sombra de la columna que lo había escondido durante dos largas horas. Aguzó el oído y comprobó cómo el ruido de los pasos de los peregrinos se desperdigaba por el exterior.

Miró hacia arriba y se vio sobrecogido por un sentimiento de vértigo. En las últimas luces del día se confundían columnas y arcos, inscripciones y mosaicos.

La Cúpula de la Roca le amenazaba desde arriba con sus reflejos dorados. Y precisamente abajo, en el centro exacto de la Mezquita de Omar, se alzaba sobre el trono la *Shetiyyah*, la gran piedra que los hebreos y los musulmanes consideraban el fundamento del mundo.

Tom dio unos pocos pasos hacia delante y se acercó hasta la piedra. Sentía cómo el corazón le latía con fuerza y la respiración se hacía cada vez más difícil. Estaba corriendo un riesgo mortal, pero le valía la pena. Había pasado años de estudio, de feroces polémicas e incomprensiones entre los académicos.

Habían sido años de pistas falsas y tiempo malgastado, pero aquella noche, finalmente, tenía la ocasión de encontrar la confirmación de sus últimos y definitivos descubrimientos.

Alargó la mano más allá del recinto que protegía la piedra. La tocó, y la sintió lisa casi como si fuera de cristal. Era oscura, ancha, de una decena de metros, de forma irregular. Y emanaba un aura mágica.

No se asombraba de que millones de peregrinos le atribuyeran poderes extraordinarios. Aquella piedra estaba allí desde mucho antes de que el hombre pisara la faz de la Tierra.

—¿Nos movemos?

Baedeker se dio la vuelta con rapidez.

—¡Soy yo, cálmate!

El arqueólogo reconoció en la semioscuridad al joven árabe que se había ocupado de todo. Lo agarró por la solapa, apretando con fuerza. Por un momento, temió que lo hubiera dejado tirado.

—¿Dónde diablos te has metido?

—Estoy aquí desde esta mañana. Es fácil esconderse en la Mezquita de Omar... Pero no era prudente que nos vieran juntos. Ahora estamos solos.

—¿Lo tienes todo?

El joven señaló con un gesto la enorme mochila que llevaba sobre los hombros.

—Lo tengo todo. Comencemos ya. Tenemos cuatro horas de tiempo. Luego el guardián realizará de nuevo su ronda de inspección.

Los dos hombres dieron la vuelta a la *Shetiyyah*.

Algo apartada, una escalera se abría en el suelo y descendía hacia el interior. Antes de acceder encendieron las antorchas, y recorrieron rápidamente los treinta escalones que llevaban a la caverna subterránea. Los musulmanes la llamaban *Bir*

el-Arweh, Fuente de las Almas. Era aquí donde los peregrinos rezaban con fervor y se ponían pacientemente a la escucha. Según la fe islámica se oían las voces de los muertos, fundidas con el rumor de los ríos del paraíso. Baedeker vio que el árabe murmuraba entre labios de forma suave.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Rezo a Alá, el Compasivo, para que nos proteja. Porque lo que estamos haciendo es un sacrilegio. Nadie puede violar la Mezquita de Omar.

—Gilipollices... —contestó el arqueólogo.

—Yo comienzo por el suelo. Tú por la pared que da al sur.

El otro asintió y se pusieron silenciosamente manos a la obra. Baedeker se arrodilló y comenzó a golpear la piedra fría de la caverna con la palma de la mano lentamente. Buscaba una hendidura, una anilla, un surco. Algo que fuera artificial, que indicara la existencia de una trampilla, una abertura excavada por el hombre.

Nadie llevaba a cabo investigaciones allá abajo desde hacía más de un siglo, ante la oposición de las autoridades musulmanas que controlaban la explanada del templo. Pero él sabía que estaba allí. Tenía que estar. No podía estar en otra parte. El pasaje secreto que llevaba hasta la Fuente de las Almas, desde las vísceras de la tierra, al lugar donde estaba escondida el Arca de la Alianza desde la época de la destrucción del Templo de Salomón. Y donde, según los textos que él había por fin interpretado, ésta se encontraba todavía, vigilada por los espíritus y los demonios.

Los dos hombres trabajaron febrilmente durante una hora, con luz artificial, sin intercambiar ninguna palabra, para mirarse posteriormente y comprobar que estaban chorreando de sudor.

—Yo no he encontrado nada —dijo el árabe.

—Y sin embargo tiene que haber algo. Estoy convencido. Y no me iré hasta que lo encuentre...

Siguieron registrando la caverna, invirtiendo los papeles. El musulmán se agachó sobre el suelo, mientras que Baedeker iba controlando las paredes. Las registró todas durante dos horas más, hasta que, cuando comenzaba a rendirse ante la evidencia, y quizá debido a la rabia con que golpeaba las paredes que permanecían sordas, oyó una voz alarmada. Hablaba en árabe y provenía de la parte de arriba.

—El guardián —susurró su compañero, mirándolo asustado—. Ha vuelto antes de tiempo. Nos ha oído. ¡Tenemos que escapar!

Y sin esperar una respuesta se lanzó hacia las escaleras.

Baedeker dudó unos instantes. Todos sus esfuerzos parecían esfumarse. Sentía cómo una rabia imponente le invadía el corazón. Pero no podía dejar que le pillaran allá abajo. Se jugaba la vida, estaba seguro de que le matarían si le cogían. Así que recogió la mochila con el detector de metales. Pero pesaba demasiado y tuvo que dejarla. Apagó la antorcha y siguió a su compañero escaleras arriba.

Los dos hombres se lanzaron en medio de la oscuridad y se chocaron contra el guardián, que comenzó a gritar con la voz muy aguda, pidiendo ayuda. Nadie le podía socorrer. Las autoridades musulmanas no se molestaban en mantener a un guardia armado en la mezquita. Sólo el pensamiento de que alguien pudiera violarla era inaceptable.

Baedeker y el árabe buscaron la salida por la escuela coránica, en el lado sur de la cúpula. Tras empujar las puertas de madera se encontraron en el exterior. Bajo la luna llena, que iluminaba la explanada del templo: el corazón de Jerusalén.

Se alejaron con el paso rápido, sin perder el ritmo, adentrándose por las callejuelas de la Ciudad Vieja. Tras varias vueltas, aparentemente sin sentido, intercambiaron una mirada de entendimiento y entraron por una puerta.

—¡Mierda! —exclamó inmediatamente el arqueólogo.

—¡Cálmate! Ahora sabemos que allí abajo no hay pasadizos secretos. Ni siquiera en cien años habríamos encontrado algo. Estabas equivocado. Y, a fin de cuentas, no nos ha ido del todo mal...

Baedeker no le prestó atención.

—¿Por qué ha vuelto el guardián tan pronto?

El otro movió la cabeza.

—Quizás no le hemos dado dinero suficiente. O quizás ha tenido algún remordimiento...

El arqueólogo iba de una esquina a la otra por el rellano del edificio, rumiando palabras. El árabe le puso la mano sobre los hombros.

—Tienes que darme mi paga, amigo...

—Tienes toda la razón —susurró el occidental.

El joven consiguió ver solamente la mano cerrada en un puño que le alcanzó la mandíbula. Por la boca le salió un gemido, una mezcla de dolor y sorpresa.

Baedeker le golpeó de nuevo, en el estómago, con todas sus fuerzas. En su ímpetu estaba toda su rabia ante la decepción. Tras el impacto el hombre cayó al suelo sin conocimiento.

El arqueólogo se quedó mirándolo, jadeando. Se preguntó si no era mejor matarlo. Pero no era capaz, así que salió de allí.

De nuevo en la calle notó la presencia de la luna llena. No le había traído suerte. Mientras se encaminaba susurró una imprecación con los dientes medio cerrados. El árabe decía la verdad: bajo la *Shetiyyah* no había nada.

Quien hubiera robado el Arca de la Alianza, casi tres milenios antes, no la había escondido bajo la explanada del templo. Si los nuevos testimonios que había descubierto decían la verdad, tenía que haber encontrado un pasadizo secreto. Un recorrido todavía desconocido por el simple hecho de que nadie había tenido el coraje de ir a buscarla en el lugar más prohibido de la tierra. En cambio no había hallado nada.

Entonces, ¿dónde había ido a parar el Arca?
¿Dónde?

Primera parte

AKSUM

1

ADIFERENCIA DEL CALENDARIO QUE INDICABA QUE EL mes de marzo ya había llegado a la mitad, en Nueva York todavía era pleno invierno. La nieve que había caído en abundancia unos días antes había dejado en el suelo una capa fina de hielo, transformando las calles en una pista de patinaje. Mientras se ponía el sujetador, Mary Champion observó desde la ventana las figuras de los hombres y mujeres caminar torpemente en busca de un precario equilibrio. Luego levantó la mirada. Desde el ático que asomaba a la Quinta Avenida veía cerca la mole imponente de la catedral de San Patricio. Casi podía tocar con una mano la cima de los pináculos neogóticos de mármol blanco. Sonrió pensando en el tiempo, no demasiado lejano, en el que los sacerdotes de las catedrales habían intentado convencerla para que se hiciera monja. Por suerte, no lo habían conseguido.

—¿Te tengo que acompañar a casa? —le preguntó Ted, mientras seguía cómodamente tumbado en la cama.

Mary se dio la vuelta hacia donde estaba.

—Ted Kotcheff, no parece estar listo para saltar de la cama y comportarte como un caballero.

El hombre bostezó. Estirándose observaba a su pareja que se estaba vistiendo. La luz del sol le resbalaba por la piel lisa, resaltando todavía más sus sinuosas curvas. Era verdaderamente bella. Tenía ese encanto particular que llama la atención de los hombres, y despierta la envidia de las mujeres.

—Tienes razón —dijo sin dejar de mirarla fijamente, e incorporándose un poco—, pero ha sido un día horrible... ¿Cuándo nos vemos?

Mary se acercó al espejo, con dos pequeños pendientes de perla en la mano. Respondió sin darse la vuelta.

—Mañana me marchó. Y estaré fuera bastante tiempo.

A través del espejo vio cómo Kotcheff se sentaba encima de la cama.

—No me has dicho nada. ¿Dónde vas?

—África. Seis meses.

El hombre se quedó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Te has vuelto loco? ¿Y tu trabajo?

Mary se dio la vuelta. Agarró la camiseta que colgaba del respaldo de una de las sillas.

—Me voy precisamente pensando en mi trabajo.

—No entiendo qué tiene que ver África con tu profesión...

—No importa.

La mujer se acercó a la cama, agachándose para besar a aquel hombre, el cual la cogió por una muñeca y la tiró hacia sí.

—¿No quieres que te acompañe?

Campion sonrió.

—¿Y si nos reconocieran? Un juez no puede acostarse con una abogada. Sobre todo cuando la ve diariamente en los tribunales. Lo prohíben los libros...

Kotcheff le soltó el brazo y la miró con cara de enfadado.

—¿Pero qué es lo que os pasa a las mujeres? ¿No puedes contentarte con lo que tienes?

—Tú te contentas, yo no.

Mientras cerraba la puerta tras ella, Mary entendió que aquella historia había terminado. Lo miró una última vez encenderse un cigarrillo y se despidió de él en silencio.

Nada más llegar a la calle, Mary detuvo un taxi.

—A la esquina con la 88.

La joven se relajó en cuanto se sentó. El taxista comenzó inmediatamente a charlar. Sólo cuando se dio cuenta de que su cliente no le estaba escuchando, el hombre se calló. Por otro lado, el trayecto no necesitaba de mucho tiempo.

El taxi, que no había dejado la Quinta, se encontró muy pronto bordeando el lado este del Central Park. En ese trayecto, incluido entre las calles 59 y 96, muchos edificios austeros proyectaban sus fachadas hacia la calle más cara de Nueva York. Aquí, a principios del siglo XX, se habían trasladado las familias más ricas de la ciudad y bastaba con observar los edificios para entender el refinado bienestar que se escondía detrás de las paredes.

—Hemos llegado.

Una vez en la esquina con la 88, el taxista se detuvo.

Mary se espabiló y bajó.

Miró sin prestar atención la silueta del Guggenheim, una de las pocas estructuras que rompían la uniformidad del frente de aquella calle, y entró en el tercer portal de la 88. En la quinta planta estaba su despacho. En la sexta, su apartamento. Siete años antes, su padre había querido ofrecerle ambos a toda costa como regalo tras terminar la licenciatura. Un regalo que ella había pagado de forma exhaustiva. No con dinero, sino con su profesión, llevando hasta lo más alto el nombre de la

familia. Precisamente el tipo de compensación que más valoraba su padre.

Apenas había tenido tiempo para cerrar la puerta de casa y el teléfono empezó a sonar.

Ya sabía quién era.

—Te lo ruego, pasa una vez más por casa, después de cenar...

El tono de su madre era agobiante, y ella intentó responder de la forma más firme posible.

—El domingo estuvimos juntos toda la mañana y no paramos de discutir. No tenemos nada más que decirnos.

—¡Pero no puedes irte sin hacer las paces con tu padre!

Mary sonrió para sí misma.

—Papá y yo estamos en paz, no temas. Aunque no lo quiere admitir, sabe muy bien que estoy haciendo lo que debo. No es algo que se me ha pasado por la cabeza sin más. Y él se da perfecta cuenta de que irá a favor de mi carrera. Cuando vuelva a Nueva York seré una experta en esa materia.

—Cuando vuelvas a la ciudad —la madre hablaba con la voz lúgubre— encontrarás al que habrá trabajado durante tu ausencia para sobrepasarte. Es así como funciona...

—No en este caso —le aseguró Mary—, verás como esta vez no irán así las cosas.

Unos segundos de silencio se adueñaron de ambas.

—Vamos, que no quieres pasar por casa...

La joven suspiró.

—No. Os llamaré cuando llegue —dijo. Luego, sobreco-gida por un repentino remordimiento, añadió—: ¿Qué dijo papá el otro día cuando me marché?

—Dijo que de su única hija esperaba una mayor unión con la familia.

Mary se acaloró. Eran ese tipo de cosas las que más la enfurecían.

—¡He saldado todas mis deudas! —gritó por el teléfono—. ¡Y soy libre! ¡Libre! ¿Entiendes? No permitiré que la familia decida por mi vida. Ya lo hicisteis con John... ¿Qué es lo que queréis de nosotros?

Colgó completamente encolerizada.

Reflexionó sólo pocos segundos después. No llamaría para pedir perdón. Quizás, después de todo, un largo periodo de separación de los todopoderosos Campion sería bueno para todos. En especial para ella.

Aquella noche, una vez cerradas las maletas, Mary bajó hasta el garaje y sacó de la guantera del coche algunas viejas fotografías instantáneas que llevaba siempre consigo. No las dejaría en Nueva York. Luego vació los asientos y los compartimentos de cualquier objeto personal. Había dado ya indicaciones al portero para que entregara el Chevrolet al chófer de familia, y no quería que extraños registraran entre sus cosas. Tal y como le había dicho a Ted, pensaba estar fuera unos seis meses, pero en realidad sabía que todo era posible. Incluso que su estancia en Etiopía durara mucho más.

Cuando volvió a su apartamento en la sexta planta, se cambió y esperó. Durante la última noche en la ciudad, había invitado a casa a su mejor amiga. Quizás la única que tenía.

Sigourney Kidman había sido compañera de clase en el instituto y luego en la universidad. Hasta terminar el colegio habían sido amigas, a pesar de que entre ellas había un abismo. Sigourney provenía de una familia de la pequeña burguesía y ni

siquiera trabajando habría podido frecuentar el College St. John de Harvard junto a Mary. Sólo sus excelentes capacidades le habían permitido llegar tan alto. Se habían licenciado juntas en derecho con las notas más altas, eligiendo luego ejercer la abogacía. Pero aquí sus caminos se separaron repentinamente. De pronto, Sigourney eligió el matrimonio como meta en su vida. Una vez que puso los ojos en un joven consejero delegado de una empresa que trabajaba en el sector energético, le sedujo hasta lograr conquistarle y casarse con él. Para su amiga fue una situación muy complicada, que no conseguía digerir. Sigourney, en cambio, le respondía: ¿qué quieres qué haga? Será que deseo tanto ser rica. Ahora soy rica, y estoy bien.

La hija del empleado había elegido bien. La empresa del marido era sólida, se movía en un sector que no cedía nunca «porque la gente va siempre en coche», los dividendos caían seguros, y ella había consolidado la unión poniendo en el mundo a dos niños de tres años. Pero ni siquiera las nuevas preocupaciones como madre habían conseguido separarla de su amiga de siempre, de la heredera de la familia Champion. Y un encuentro a la semana era lo mínimo que se concedían.

—Éste, por desgracia, será el último en un tiempo —observó tristemente Sigourney. Mary sonrió.

—Seguiremos en contacto. Sabes muy bien que seguiremos hablando. Creo que recibirás noticias mías antes y más que mis padres. Es más, pienso que te pediré que seas tú quien les tenga informados.

—En ese caso —respondió su amiga—, será mejor que me cuentes qué es lo que vas a hacer allí. Porque no lo he entendido bien...

Mary Champion suspiró. Nadie la entendía. Ella explicaba y explicaba, pero nadie lograba entrever los motivos de su misión. Ni siquiera aquellos, como sus padres o sus amigos, que tendrían

que haber hecho algún esfuerzo para comprenderla. Cuando respondió, en su voz se percibía un poco de sufrimiento.

—El motivo de mi traslado se resume en pocas palabras: la Casa de Adán.

—¿Y eso qué es?

—Una organización no gubernamental etíope que se ocupa de adopciones internacionales. Trabajo con sus tres dirigentes desde hace tres años y he decidido ir a ver cómo trabajan día a día.

Sigourney arqueó una ceja.

—No será seguramente la única institución en la Tierra que se ocupa de niños abandonados. ¿Por qué les has elegido a ellos? Vamos, quiero decir, ¿qué necesidad tienes de ir a Etiopía? Vete a México, que está más cerca...

—Ya te lo he dicho, trabajo con ellos desde hace tiempo... —Mary se cansaba—. Y si te digo la verdad, tengo contactos con muchas otras organizaciones. He traído a niños de América Latina, y del Este de Europa. Pero hay un motivo especial por el que les he elegido a ellos. Etiopía no tiene nada que ver.

Su amiga esperó unos segundos. Luego continuó, nerviosa:

—Y bien, estoy esperando. ¿Cuál es ese motivo?

Sigourney se fue después de cenar. Cuando no tenía tiempo para cocinar, Mary pedía los mejores platos en *Carlo's*, el restaurante italiano que, a solo dos manzanas de casa, recibía ya desde hace años a la exigente clientela de la zona. Y así lo había hecho también aquella noche.

—¡Fantásticos! —había dicho Kidman, saboreando unos sencillos *gnocchi* con salsa de tomate y carne. Y había devorado literalmente el pescado asado y una bandeja de quesos típicos.

Luego, después del postre, había mirado el reloj, alarmándose inmediatamente.

—¡Tengo que irme! Bob no se duerme sin que esté mamá en casa. Y para un niño de cinco años ya es demasiado tarde...

Mary acompañó a su amiga hasta el ascensor, y recibió su última recomendación. Pero Sigourney no conseguía esconder su propio malestar.

—No pensaba que, no habría creído... Vamos —concluyó, imprimiéndole un beso en la frente de Campion—, intenta actuar de la mejor forma posible... ¡Y vuelve pronto!

Kidman desapareció detrás de las puertas del ascensor.

Mary entró en el salón y se encaminó hacia la escalera de caracol interior que la llevaba al quinto piso.

Una vez allí, en su despacho, todo pareció repentinamente frío. De repente sintió un distanciamiento con la vida que había llevado hasta ese mismo día y la novedad electrizante de los meses que tenían que venir. Se sentía ya lejos de los asuntos que se amontonaban en su despacho, de esos de los que a la mañana siguiente se ocuparían sus dos asociadas: divorcios, herencias, reconocimientos, custodias de hijos... Y adopciones.

Encendió una lámpara de mesa, observó distraída los diplomas que colgaban de las paredes, se quitó los zapatos y se tumbó sobre la *chaise longue* que decoraba ampliamente una esquina de la sala.

Reflexionó.

No estaba segura de si había hecho bien hablando con Sigourney. A pesar de sus promesas, estaba casi convencida de que en menos de cuarenta y ocho horas lo que le había dicho habría llegado a los oídos de amigos y familiares. Quizás podría haberse limitado a suministrarle la versión oficial, la que había ya ofrecido a sus padres y su hermano. La experiencia que con-

seguiría realizar en África en el ámbito de las adopciones internacionales le daría una ventaja extraordinaria, una vez que volviera a su país, frente a sus competidores. Lo que en Nueva York significaba conquistar las simpatías de los clientes más adinerados. Dios sólo sabía las pretensiones más bizarras que tenían los ricos de la Gran Manzana decididos a llevarse a casa a un niño africano o asiático. Desde el ADN hasta la posibilidad de que tuviera antecedentes en familia de ladrones, prostitutas o enfermos de sida. Pretendían tener información desde sobre la dieta que había seguido desde pequeño a las preferencias políticas de los padres. Querían saberlo todo por adelantado, incluidas un montón de cosas que no representaban seguramente lo esencial en la vida de aquellos pobrecillos a quienes les estaban arrancando un niño. Por último, querían reservarse el derecho de mandar a casa el paquete en el caso de que no se sintieran satisfechos. A Mary le habría sido suficiente esto para justificar su marcha. Era un viaje de carácter profesional. Pero no había conseguido vencer el deseo de desahogarse. Y si no era con Sigourney, ¿con quién podía hacerlo?

A medianoche, decidió por fin que había llegado el momento de irse a la cama.

A la mañana siguiente, a las cinco, un taxi la llevaría al aeropuerto Kennedy. Se embarcaría hacia Frankfurt, y desde aquí continuaría hacia El Cairo y Addis Abeba. Si todo funcionaba, y con el cambio horario de por medio, esperaba aterrizar en Etiopía casi treinta y seis horas después de haber dejado su casa. Sabía ya que los responsables de la Casa de Adán se preparaban para recibirla.

Antes de irse a la cama comprobó una vez más que tenía consigo el pasaporte, el dinero, las credenciales legales, y las carpetas de sus clientes más importantes. Por último, metió

con cuidado en el bolso una carpeta muy fina. Contenía todos sus documentos personales. Incluidos los informes de los especialistas que la habían declarado estéril. También utilizaría aquellos si era necesario. Porque estaba decidida a no volver de África sin un niño.

Un niño completamente suyo.

Un hijo.